

—¡No quiero nada, déjeme estar!—gimió éste en el colmo de la desesperación.—Mientras usted charla, yo por su culpa llevo el veneno en el cuerpo. Primero me arruina el estómago y luego me dá unas rebanadas de pan y una yema de huevo. ¿Son estas acciones dignas de un santo sacerdote? ¡Déjeme que me marche!.. ¡Maldito sea!.. ¡Acabará perdiendo la fe! ¡Ay... ay... ay!..

Y se fué con las manos agarradas al vientre quejándose de este modo.

—¡Qué feo vicio el suyo!—exclamó enojado el padre Ravaná.—Primero, muy manso; después, se arrepiente y se pone hecho una furia... Con tanto bien como le he hecho a ese ingrato.

Durante un momento movió la cabeza, contraidos los ángulos de la boca desdeñosamente; luego, llamó:

—¡Abundia, dame a mí el caldo! ¿Le has puesto la yema de huevo? Muchas gracias. Dame ahora el sombrero y el manteo.

—¿Sale?

—¡Sí, mujer! ¡No faltaba otra cosa! Me siento muy bien ahora, gracias a Dios.

LA MALA SUERTE DE PITAGORAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

LA MALA SUERTE DE
PITAGORAS

—¡Caramba!

Y cubriéndome después del saludo, me volví a mirar a la bella prometida, que se hallaba entre el novio y la anciana madre.

¡Ric, ric, ric! . . ¡Ah, cómo crujían felices sobre el empedrado de la plaza soleada, en la mañana dominical, las botas nuevas de mi amigo! Y la novia, toda el alma riente en el azul infantil de los ojillos inquietos, encendidas las mejillas, lucientes los dientecillos, bajo la sombrillita tornasolada, de seda rosa, abanicábase, abanicábase, como para apagar las llamas de la alegría y del pudor la primera vez que se mostraba por la calle así, jovencita, a las gentes, llevando a su lado—ric, ric, ric—aquél mocetón pro-

metido, exageradamente nuevo, peinado, perfumado y satisfecho.

También mi amigo se cubrió (muy cuidadosamente para no deshacerse el peinado) y se volvió a mirarme. ¿Qué pensaba? Me vió detenido en medio de la plaza e inclinó la cabeza, con una sonrisa embarazosa. Respondí con otra sonrisa y un vivo gesto de la mano, que quería decir:—«Me alegro, me alegro.»

Y pocos pasos después, me volví de nuevo. No me había satisfecho tanto la avispada figurilla encendida de la novia, como el aspecto de él, de mi amigo, al que no veía desde hacía unos tres años. ¿No se volvía también él a mirarme una segunda vez? ¿Estará quizás celoso?—pensé—prosiguiendo, cabizbajo, mi camino.

En fin de cuentas, tendría sobrada razón, porque ¡como bonita, vaya si lo era! Pero, ¿cómo podía él?..

En fin... Me pareció mucho más alto. ¡Prodigios del amor! Y además, lo hallé rejuvenecido, singularmente en la luz de sus miradas y hasta en todo él: descubriase con toda evidencia una cuidadosa pulcritud, de la que nunca le hubiese creído capaz, constándome lo enemigo que era de aquellos originales é íntimos diálogos que cada joven suele tener con su propia imagen durante horas y horas delante de un espejo. ¡Prodigios del amor!

¿Donde había estado durante los tres últimos años?

En Roma, antes, vivía en casa de Quirino Renzi, su cuñado, íntimo amigo mío. Efectivamente, Bindi—así se llamaba el novio—era para mí «el cuñado de Renzi». Había partido para Forlì, dos años antes que Renzi dejase Roma, y ya no lo había vuelto a ver. Y ahora, hételo aquí, en Roma, y a punto de casarse.

¡Ay, amigo mío—seguí pensando—sin duda alguna ya no eres pintor! ¡*Ric, ric, ric*: demasiadamente crujen tus botas!. . . ¡Otra ocupación más provechosa habrás elegido! ¡Ya lo creo! Y te felicito, aún cuando tu nueva ocupación te haya permitido casarte: cosa que si bien hoy te encanta, mañana, ¡ya hablaremos!..

...

Le ví otra vez, a los dos o tres días, casi a la misma hora, de nuevo junto con su novia y su futura suegra. Otro cambio de saludos, acompañado de sonrisas. Inclinando levemente y con mucha gracia la cabecita, me sonrió también la muchacha esta vez.

De aquella sonrisa inferí que Tito le había hablado sin duda largamente de mí, de mis famosas distracciones mentales y hasta le habría dicho que Quirino Renzi, su cuñado, me llama Pitágo-

ras, porque no como judías; y explicado también por qué a modo de ingenioso insulto, se puede llamar Pitágoras al que no come judías, etc. etc. Cosas que siempre divierten...

Me dí cuenta de que singularmente a la suegra, este asunto de las judías y de Pitágoras, debió parecerle muy chistoso; porque, tantas veces como los encontré después, la vieja pava estallaba sin recato en risotadas, después de contestar a mi saludo, y hasta se volvía a mirarme, riendo aun.

Hubiera querido encontrar a Tito algún día solo, para preguntarle si la presente felicidad no le ofrecía a él, a su novia y a su futura suegra, otros motivos de alegría, para compadecerle en este caso: pero, no lo conseguí. Deseaba además que me diese alguna noticia de Renzi y de su mujer.

Pero he aquí que un día inopinadamente, recibo de Forlì este telegrama: «Situación apurada, Pitágoras. Estaré en Roma mañana por la mañana. Acude estación horas 8'39.—Renzi»

¿Qué ha ocurrido?—pensé.—¿Está aquí su cuñado y quiere que sea yo quien acuda a recibirle? Acerca de las palabras «situación apurada» hice un mundo de suposiciones, entre las cuales la más razonable me pareció esta: que Tito iba a contraer un matrimonio desdichado y Renzi venía a Roma para intentar desbaratarlo. Después de cerca de tres meses de saludos y de sonrisas, confieso que sentía ya hacia aquella tonta de prometida

una antipatía irresistible y cosa bastante peor hacia su madre.

El día siguiente, a las ocho, estaba en la estación. Y ahora juzguen ustedes si no es cierto que me persigue irónicamente el destino. Llega el tren y hete ahí a Renzi en una ventanilla: me precipito...—Pero las piernas, imprevistamente, se me doblan; se me caen los brazos.

—¡Aquí viene conmigo el pobre Tito!—me dice Renzi, indicándome piadosamente a su cuñado.

¿Era aquél Tito Bendi? ¿Cómo era posible? ¿A quién, pues, había yo saludado durante tres meses, en las calles de Roma? Ciertamente: allí estaba Tito. ¡Dios mío y en qué estado!

—¿Tito, Tito? . . . ¿Pero tú? . . .—balbuceo.

Tito me echa los brazos al cuello y estalla en un llanto copioso. Miro a Renzi con la boca abierta. ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¡Me siento enloquecer! Entonces, Renzi, desde detrás, llevándose un dedo a la frente como barrenando con él, suspira, cerrando los ojos. ¿Quién era el loco: él, yo, o Tito?

—¡Vamos, vamos, Tito!—exhorta Renzi a su cuñado.—¡Cálmate, cálmate! Espera un poco aquí; ten cuenta de estas maletas. Yo voy con Pitágoras a retirar el baul.

Y mientras íbamos, me refiere someramente la desdichada historia del pobre cuñado, quién dos años y medió antes, se había casado en Forlì: ha-

bíanle nacido dos niños, uno de los cuales, a los cuatro meses, se quedó ciego; esta desgracia, la impotencia de proveer adecuadamente con su arte a las necesidades de la familia, las continuas disputas con la suegra y con la mujer, estúpida y egoísta, le habían trastornado los sesos. Renzi le traía ahora a Roma, para que le visitasen los médicos y distraerle un poco.

Si no hubiese visto por mis propios ojos a Tito en aquel estado, hubiera sin duda alguna creído que Renzi, como tantas otras veces, quería burlarse de mí. Entre mi aturdimiento y mi pena, le confieso entonces el equívoco en el que había caído, es decir, cómo yo, hasta el día antes, había saludado a Tito, novio, por las calles de Roma. Renzi, no obstante la consternación por lo que ocurría a su cuñado, no pudo contener la risa.

—¡Te lo aseguro!—le digo.—¡Son exactamente iguales! ¡Ni que fuera él en persona! ¡Desde hace tres meses nos saludamos y nos sonreimos: somos ya muy amigos! ¡Ahora sí, ahora es cuando noto la diferencia! Pero es porque el pobre Tito, ya no es el mismo. A quién saludo yo en cambio, todos los días, es al Tito de antes de marcharse a Forlí, al de hace tres años. Pero, exactamente él. ¿sabes? Tito que mira, Tito que habla, Tito que sonrío, Tito que camina, Tito que me reconoce y me saluda... ¡El, exactamente! ¡Figúrate qué impresión me ha causado volverlo a ver así ahora,

después de haberlo visto ayer, cerca de las cuatro, feliz y radiante, al lado de su prometida...

Mi desdicha quiere que cuanto me ocurre, nadie jamás deba o quiera tomarlo en serio. Renzi, como ya he dicho, se echó a reír, y poco después, para distraer al enfermo, quiso contarle mi rara aventura. Oid ahora lo que aconteció.

El pobrecillo enfermo permaneció primero estupefacto ante mi equívoco; trabajó durante largo rato su fantasía en el trayecto desde la estación al hotel, y, finalmente, agarrándome por un brazo, con los ojos así de dilatados, clavados en los míos, me gritó:

—¡Tienes razón, Pitágoras!

Me asusté. Intenté sonreír:

—¿Qué quieres decir, querido Tito?

—¡Digo que tienes razón!—repitió él sin dejarme, con creciente brillo de terrible hilaridad en los ojos, cada vez más dilatados.—¡No te has equivocado! Ese que saludas, ese soy yo. Yo, querido Pitágoras, que nunca he salido de Roma, nunca. ¡Y quien diga lo contrario es un enemigo mío! ¡Estoy aquí, aquí: tienes tú razón; estoy siempre en Roma, joven, libre, feliz, como tú a diario me ves y me saludas! ¡Ay, querido Pitágoras: respiro, respiro! ¡Qué peso me has quitado del pecho! ¡Gracias, querido, gracias! ¡Qué feliz me siento!

Y volviéndose al cuñado:

—¡Qué pesadilla la nuestra, Quirino mío!

¡Abrázame! ¡Oigo de nuevo cantar el gallo desde mi viejo estudio de Roma! ¡Pitágoras, que está aquí, te lo afirma! ¿Es verdad Pitágoras? ¿Es verdad? A diario me encuentras en Roma... ¿Qué hago yo en Roma? ¡Díselo a Quirino! ¡Pinto, pinto! ¿Y vendo mis cuadros, verdad? ¡Si me ves reir, quiere decir que vendo mis obras! ¡Ah, muy bien; viva la juventud!. . . ¡Soltero, libre, feliz!..

—¿Y la novia?—solté infortunadamente, sin advertir que Renzi, por prudencia, al referirle hacía poco el equívoco en que me hallaba, había omitido este peligroso extremo.

El rostro de Tito se ensombreció al instante. Me agarró esta vez por los dos brazos:

—¿Qué dices? ¿Cómo? ¿Me caso?

Y miró asombrado a Renzi.

—¡Cá, hombre!—reliqué súbitamente, intentando remediar el daño, a una señal del cuñado. —¡Cá, hombre! Ya sé que lo tuyo no son más que bromas con esa pavita.

—¿Bromas? ¿Bromas, dices?—recalcó Tito enfureciéndose, extraviados los ojos, agitando los puños.—¿Dónde estoy? ¿Dónde? ¿Dónde me ves? Apaléame como a un perro, si me ves bromear con una mujer. No se bromea con las mujeres... ¡Se comienza siempre así, Pitágoras! Y luego, luego...

Estalló de nuevo en llanto, cubriéndose el rostro con las manos. En vano, Renzi y yo intentamos sosegarle, consolarle.

—¡No, no!—respondía él.—¡Si me caso también en Roma, me arruino, me arruino! ¡Mira cómo me he quedado en Forlí, querido Pitágoras! ¡Sálvame, sálvame, por piedad! A toda costa es preciso impedírmelo. (Y en seguida:) Allí también empecé bromeando...

Y temblaba todo él como con temblores de fiebre.

—¡Pero si estaremos aquí solamente muy pocos días!—le dijo Renzi.—Sólo el tiempo de contratar con dos o tres señores la adquisición de tus cuadros, como habíamos quedado. Volveremos en seguida a Forlí.

—¡Eso no resuelve nada!—repuso Tito con un gesto desesperado de los brazos.—Volveremos a Forlí, y Pitágoras continuará viéndome siempre lo mismo en Roma. No puede ser de otro modo. Porque, aún yéndome allá, en Roma vivo siempre, Quirino, siempre en Roma: ¿lo sabes?—En los mejores años de mi vida, libre, soltero, feliz, como precisamente me vió Pitágoras ayer mismo, ¿verdad? Y sin embargo, ayer estábamos nosotros en Forlí: ya ves como no me equivoco...

Conmovido, exasperado, Quirino Renzi sacudió rabiosamente la cabeza y apretó los párpados para refrenar las lágrimas. Hasta entonces, la locura de su cuñado no se le había manifestado con tal desesperación.

—¡Vamos, vamos!—repuso Tito volviéndose a

mí.—¡Vamos! ¡Condúcenos en seguida donde tú sueles verme! ¡Vámonos a mi estudio de la calle de Cerdeña! Allí estaré a esta hora. Espero no encontrarme con la novia...

—Pero, ¿cómo? ¡Si estás aquí con nosotros, Tito!—exclamé sonriendo, con la esperanza de volverle en sí.—¿Hablas en serio? ¿No sabes que yo tengo la especialidad de los equívocos? Te he confundido a tí con un señor que se te parece...

—¡Soy yo, infame, traidor!—me gritó entonces el pobre loco relumbrándole los ojos y con un gesto de amenaza.—¿Ves a este pobre hombre? ¡Lo he engañado! ¡Me he casado sin decirle nada! ¿Quieres tú engañarme a mí también? ¡Dí la verdad! ¿Estás de acuerdo con él? ¿Es que le ayudas en el plan de casarme a escondidas? ¡Llévame a la calle de Cerdeña!. . . ¡No necesito que me acompañes: conozco el camino: iré solo!

Para que no se fuese solo, nos vimos obligados a acompañarle. Por el camino, le dije:

—¿Pero no te acuerdas de que ya no vives en la calle de Cerdeña?

Se detuvo perplejo a esta observación mía; me miró un rato, cejijunto; después, dijo:

—¿Dónde estoy, pues? ¡Nadie puede saber esto mejor que tú!

—¿Yo? ¡Qué diablos! ¿Cómo quieres que lo sepa, cuando ni siquiera lo sabes tú?

La respuesta me pareció convincente y apro-

pósito para fijar su atención. Ignoraba que los llamados locos, también poseen la complicada maquinilla «saca-ideas», llamada lógica, en perfecta función, quizás más que la nuestra, por cuanto que, como la nuestra, no se detiene jamás, ni aún frente a las más inadmisibles deducciones.

—¿Yo? ¡Si ni siquiera sé que estoy a punto de casarme! ¡Yo estoy en Forlì! ¿Cómo quieres, pues, que sepa lo que hago aquí, luego, solo, en Roma, libre como en otros tiempos? Lo sabrás tú que me ves todos los días... ¡Vamos, vamos: condúceme, me confío a tí! . .

Y mientras andábamos, de vez en cuando, se volvía a mirarme con una muda, suplicante interrogación en los ojos que me traspasaba el corazón, porque con aquellas miradas me decía que iba en busca de sí mismo por las calles de Roma, en busca de aquel otro «él», libre y feliz, de los buenos tiempos pasados; me preguntaba si lo descubriría yo en alguna parte, ya que él lo buscaba con los ojos míos, que hasta ayer lo habían visto.

Una inquietud angustiosa se había apoderado de mí. Si por desgracia—pensaba yo—nos encontrásemos con el otro... Sin duda alguna le reconocería en seguida. ¡La semejanza era tan evidente y perfecta! . . Y además, tanto estridían las botas de aquel estúpido, que llamaba la atención de todo el mundo. Y me parecía que iba a oír de un mo-

mento a otro, detrás de mí, el *ric, ric, ric*, de sus malditos pasos.

¿Podría ocurrir esto? ¡Jamás lo hubiera pensado!

Renzi había entrado en una tienda a comprar no sé qué; Tito y yo, lo esperábamos en la calle. Ya era casi de noche. Miraba impaciente la tienda de la que Renzi debía salir, y cada minuto de espera, allí, parados, me parecía una hora; cuando de repente, siento como me tiran de la chaqueta y veo a Tito con la boca abierta y una muda sonrisa de beatitud, ¡infeliz! y con dos gruesas lágrimas que le caían de los ojos claros, jubilantes, expresivos. ¡Lo había descubierto! Me lo señalaba allí, a dos pasos de nosotros, sólo, parado sobre la misma acera!

¡Colocáos, por un momento al menos, en mi lugar, si os es posible hacerlo sin reír! Aquel señor, al verse mirado y señalado de tal modo, se turbó; pero después, descubriéndome a mí, me saludó, como de costumbre, tan amablemente, ¡pobrecillo! Intenté hacerle un gesto a escondidas, mientras con la otra mano procuraba llevarme a Tito. ¡No hubo manera!

Por fortuna, aquél había comprendido mi gesto y sonreía; había comprendido solamente que mi compañero estaba loco; no se había reconocido en las facciones de Tito, mientras éste, súbitamente, se reconocía en las de él. ¡Claro! Como

que eran las suyas, las de hacía tres años... Era él mismo, que por fin, se hallaba tal como había sido... Y se le había acercado, le contemplaba estático, le acariciaba en los brazos y en el pecho, dulcemente, susurrándole:

—¡Qué hermoso eres, qué hermoso eres! Ese es nuestro querido Pitágoras, ¿lo ves?

Aquel señor me miraba y sonreía, confuso y temeroso. Yo, para tranquilizarle, le sonreí también, doloridamente. ¡Jamás lo hubiese hecho! Tito advirtió nuestra sonrisa, y sospechando en seguida algún engaño, o una inteligencia entre nosotros dos, se volvió amenazador hacia él:

—¡No te cases, imbécil, que me arruinas! ¿Quieres quedarte como yo? ¿Desarrapado y desesperado? ¡Abandona a esa muchacha! ¡No juegues, estúpido, bribón! ¡Te falta experiencia!..

—Pero, ¿qué es esto, qué es esto?—gritó aquel desdichado, volviéndose hacia mí, viendo como acudía la gente curiosa, asombrada, en torno de nosotros.

Apenas tuve tiempo de decir:—«¡Compadézcalo!..»—Tito se me abalanzó.

—¡Calla, traidor!

Y me dió un empujón; se volvió a aquél, con tono humilde, persuasivo:

—¡Cálmate, te lo ruego! ¡Escúchame! ¡Sé que

eres vehemente, lo sé! Pero debo impedirte que me arrastres a la ruina por segunda vez...

En este momento, Renzi acudió, escondiéndose entre el gentío y llamando en voz alta:

—¡Tito, Tito! ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué?—le respondió el pobre Bindi.—¡Míralo! ¡Ahí lo tienes! ¡Quiere casarse otra vez! ¡Dile que le nacerá un hijo ciego! . . ¡Dile que! . .

Renzi se lo llevó a viva fuerza.

Poco después, tuve que explicarle el caso a aquel señor. Esperaba que recibiese mis palabras con sonrisa; pero no fué así. Me preguntó, consternado:

—¿Pero es verdad que se me parece tanto?

—¡Ahora, ya no!—le respondí.—Pero si lo hubiese usted visto antes, hace tres años, soltero, aquí en Roma... ¡Era usted en persona!

—Es de desear, pues, que dentro de tres años—dijo—no me vea como él...

Después de todo esto, ¿tenía o no derecho a creer que todo hubiera terminado?

Pues bien, no fué así.

He recibido hace unos días, casi dos meses después del encuentro que he narrado, una tarjeta firmada por *Hermán Lévera*.

Dice así:

«Querido señor:

Dígale a Bindi, que ha sido obedecido. No he podido olvidarle. Se ha quedado ante mí como el

espectro de mi destino inevitable. He roto mi noviazgo y salgo mañana para América. Suyo,

Hermán Lévera.»

¡Así son las cosas! . . Si yo no hubiese saludado al pobre muchacho, confundiéndolo con el otro, a estas horas ¡quién sabe! podría ser un marido feliz... Todo puede darse en este mundo, hasta ciertos milagros...

Pero creo además que si el encuentro con Bindi influyó sobre él, hasta producir semejantes efectos, también por su parte debió verse en Bindi tal como hubiera sido al cabo de tres años. Y hasta que no llegue una prueba en contrario, no puedo en conciencia asegurar que este señor *Lévera*, no sea también un loco.

Mientras tanto, espero uno de estos días recibir la visita de la prometida abandonada y de la frustrada suegra. ¡Las envió a las dos a Forlí: palabra de honor! ¡Quién sabe si no se reconocerán ellas también en la mujer y en la suegra del pobre Tito Bindi! Hasta ya me parece a mí que son todos ellos, realmente, una sola y misma cosa; quizás con la diferencia del niño ciego, que en este caso, ¡si Dios quiere! no nacerá, si es cierto que el señor *Lévera* partió ayer para América.